

Genealogía del «complot» masónico

CHARLES PORSET

Universidad de Paris-Sorbonne

La idea de la participación de los francmasones en la preparación y, más tarde, en la explosión de la Revolución es casi tan antigua como la propia Revolución. Esta idea se inscribe en una tradición historiográfica que explica, en resumidas cuentas, un acontecimiento inesperado en virtud de una traición, un complot o una conjuración. Este tipo de explicación presenta, aparte el mérito de su simplicidad, valores novelescos, en la medida en que permite dramatizar la Historia, al hacer de los actores meros juguetes en manos de fuerzas que los superan y frente a las cuales se muestran impotentes. La tragedia antigua oponía al hombre la fuerza del destino, mientras que la *ananké* o la *theia moira* decidían las relaciones entre los hombres; la historiografía del complot, que nace a comienzos del siglo XVIII, no opone ya Dios a los hombres, según el esquema de Bossuet, sino que enfrenta a los hombres entre sí, de tal manera que unos manipulan a otros en su propio beneficio para subvertir el orden social.

Cuando estalló la Revolución, la idea de la participación de los «Filósofos» en el desorden general no constituía ninguna novedad. Sabemos, por lo demás, que desde la condena del tratado *Lettres Philosophiques* en 1734, numerosos libros considerados subversivos habían sido prohibidos y muchos escritores considerados sospechosos se habían exiliado o publicaban en la clandestinidad. El siguiente texto, escrito en 1770 por el canciller Seguier «por orden expresa del Rey», en el que se condena el *Système de la nature* de d'Holbach y varios libros «filosóficos», nos proporciona una buena imagen del estado de ánimo generalizado en Francia diecinueve años antes de la Revolución

«Señores, ¿hasta cuándo se abusará de nuestra paciencia?, exclamaba el Orador Romano en momentos en que la República se

exponía a las asechanzas de una facción dispuesta a todo, en la que se habían conjurado los ciudadanos más ilustres con el vil populacho.

¿No podríamos decir hoy las mismas palabras a los escritores del presente, a la vista de esa especie de confederación que agrupa a casi todos los autores en cualquier género contra la Religión y el Gobierno? Ya no es posible ocultarnos este hecho por más tiempo: esa liga criminal ha revelado su secreto. Su objetivo principal consiste en destruir la armonía establecida entre los diferentes órdenes del Estado, la cual substituye gracias a la íntima relación existente desde siempre entre la doctrina de la Iglesia y las leyes políticas.

Sí, señores, una vez extirpadas las herejías que han alterado la paz de la Iglesia, hemos visto salir de las tinieblas un sistema todavía más peligroso por sus consecuencias que esos antiguos errores, que iban desapareciendo a medida que se reproducían. Ha nacido entre nosotros una secta impía y audaz que ha decorado su falsa sabiduría con el nombre de Filosofía; y con ese título imponente ha pretendido poseer todos los conocimientos. Sus partidarios se han proclamado preceptores del género humano. Su grito ha sido: *¡Libertad de pensamiento!*, y ese grito se ha oído de un extremo al otro del mundo. Con una mano han tratado de desequilibrar el Trono, mientras se aprestaban con la otra a derribar los Altares. Su objetivo consistía en acabar con las creencias, en dar una nueva orientación a los espíritus en lo referente a las instituciones religiosas y civiles; y, por decirlo así, la revolución ha tenido lugar. Sus prosélitos se han multiplicado, sus máximas se han divulgado; los reinos han sentido vacilar sus antiguos cimientos, y las Naciones, asombradas de ver aniquilados sus principios, se preguntan qué extraña fatalidad las ha hecho convertirse en algo diferente de sí mismas»¹.

A nadie escapará que el texto en cuestión, revestido de la mayor autoridad, continene ya todos los elementos que se darán cita en la literatura del complot después de la Revolución: bastará con substituir «Filósofos» por jansenistas, protestantes o masones —o con ponerlos todos juntos— para explicar el acontecimiento. Eso es lo que han hecho muchos contrarrevolucionarios, de Lefranc a Barruel. Sin embargo, en contra de lo que la literatura reaccionaria ha repetido una y otra vez, la responsabilidad masónica se ha convertido en el tema historiográficamente dominante sólo después de la usura —si se me permite la expresión— de los modelos que imputaban la Revolución a los jansenistas y a los protestantes.

1. *Réquisitoire de M. Seguier, Premier avocat général, imprimé par ordre exprès de sa Majesté, 35 p. in-4.^o* A consecuencia de esta requisitoria, el Parlamento aprobó un decreto el 18 de agosto de 1770 por el que eran condenados a la hoguera una serie de libros o folletos titulados: 1.^o *La contagion sacrée, ou l'Histoire Naturelle de la superstition*; 2.^o *Dieu & les hommes*; 3.^o *Discours sur les miracles de Jésus-Christ*; 4.^o *Examen critique des Apologistes de la Religion Chrétienne*; 5.^o *Examen impartial des principales Religions du Monde*; 6.^o *Le Christianisme dévoilé, ou Examen des principes & des effets de la Religion Chrétienne*; 7.^o *Système de la Nature, ou des Loix du monde physique & du Monde Moral*. [El decreto fue añadido a la segunda edición del *Système de la Nature*, Londres 1771, pp. 455-500].

Las reflexiones que someto a vuestra consideración pretenden fundamentalmente llamar la atención sobre la génesis del mito del «complot masónico», al mismo tiempo que analizaré y trataré de corregir algunas tesis que encontramos en la literatura crítica sobre la cuestión.

* *
*

La investigación ha partido de una primera constatación: el abate ex-jesuíta Agustín Barruel, que, como Uds. quizás sepan, dio forma canónica a la tesis del «complot masónico» en sus conocidas *Mémoires pour servir à l'histoire du Jacobinisme* no dice una sola palabra sobre el supuesto complot en el folleto que publicó en 1789, inmediatamente después de la toma de la Bastilla. En efecto, en *Le Patriote véridique ou Discours sur les varies causes de la Révolution actuelle*, el abate estima que la Revolución es un efecto de la Providencia divina, que castiga de este modo a los hombres que se han apartado del culto del verdadero Dios. En su opinión, la aristocracia y el alto clero han fracasado en su misión por haber asimilado, sin recelo alguno, la doctrina de los «Filósofos», de tal manera que la Revolución es el castigo que les inflige por ello la Providencia. Tampoco en su *Question nationale sur l'autorité et les droits du peuple dans le gouvernement*, escrita en 1791, dice nada Barruel sobre el complot que será la llave maestra de la historiografía reaccionaria, en unos momentos, sin embargo, en que se habían imputado ya terribles responsabilidades a los masones en una serie de folletos que estudiaremos más adelante.

En mi opinión, este inquietante silencio parecería indicar que la tesis del «complot masónico», tan conocida hoy día, se encontraba en esos momentos en gestación y no se presentaba a los contemporáneos con la evidencia y el relieve que le darán más tarde Lefranc o Barruel. Pero también muestra que dicha tesis es menos una explicación de la Revolución en sentido estricto que un arma de índole histórico-política, de cuya eficacia se dieron cuenta los contrarrevolucionarios en el momento en que la Revolución se hace popular y se teme el hundimiento definitivo de todo lo que había resistido al embate de 1789. Al deshistorizar la Revolución, presentándola como el resultado de maquinaciones ocultas, se ponía en cuestión su misma necesidad y se le ponía un término. Dicho brevemente: los reaccionarios encontraban en esta tesis los mecanismos ideológicos adecuados para acabar con la Revolución.

Los historiadores del complot se muestran, en general, de acuerdo en lo que atañe al fondo: en realidad, no ha habido complot y los masones, como los protestantes, los jansenistas o los jesuitas, no han pertenecido a «comités secretos» que hayan decidido desencadenar la Revolución. Como Mounier, la mayoría piensa que «aunque no existiese un solo masón en el mundo, las revoluciones serán inevitables si quienes gobiernan arruinan

las finanzas, provocan el descontento en los ejércitos, permiten que se introduzca el desorden en los diferentes sectores de la administración y proceden a reunir en ese preciso momento a un gran número de diputados del pueblo para pedirles ayuda»². Todo ello parece evidente. Pero aunque no haya sido existido, el complot nos interesa igualmente, porque se dio al menos en la cabeza de cierta gente y fue, en ese sentido, uno de los motores de la historia inmediata. La verdadera cuestión consiste, así, en saber en qué momento los masones fueron implicados en el proceso que instruyeron los contrarrevolucionarios y cuáles fueron las razones. Porque cuando se conoce, aunque sea someramente, la historia de la masonería en el siglo XVIII y se sabe que reclutaba a sus miembros entre las clases más favorecidas del Antiguo Régimen, así como que defendió siempre el respeto a la ortodoxia, tanto en materia política como religiosa, no se acaba de entender como gente tan despierta como Lefranc o Barruel han podido escribir tantas páginas para demostrar que los masones han provocado la convulsión revolucionaria. Todo el mundo sabía que el duque de Montmorency-Luxembourg, Gran Administrador del Gran Oriente, había invitado con el ejemplo a emigrar desde 1789 y nadie ignoraba que los Hermanos estaban divididos en la valoración que hacían de los acontecimientos que se estaban desarrollando.

Por estas razones, y algunas otras, me parece que la génesis de la idea del «complot masónico» puede aportar alguna luz a la cuestión del desarrollo del proceso revolucionario. Ya he dicho que la idea del complot, en cuanto tal, no era nada original, y he indicado que Seguier había acusado a los «Filósofos» de haber tramado uno diecinueve años antes de la Revolución. Veamos ahora a partir de qué momento fueron acusados los masones de haberlo organizado.

* *
*

Los historiadores no se ponen de acuerdo a este respecto. Marcelin Défourneaux³, un hispanista, fue, que sepamos, el primero en llamar la atención de los investigadores sobre un panfleto del período revolucionario en el que, a su juicio, aparece por primera vez la idea de un complot entre masones, jesuitas y protestantes. Défourneaux había descubierto este texto en los *Archivos de la Inquisición*, acompañado de una nota enviada por el Inquisidor general, Rubín de Cevallos, al primer ministro Floridablanca:

«Mí Excmo., Acabo de recibir por San Sebastián la adjunta: he

2. *De l'influence attribuée aux Philosophes, aux Franc-Maçons et aux Illuminés sur la Révolution de France*, Tübingen, 1801, p. 181.

3. «Complot maçonnique et complot jésuitique», *Annales Historiques de la Révolution Française* 37 (1965), 170-186.

recibido muchos papeles impresos y de mano por la misma vía y la de Barcelona, pero este escrito da muchas luces para la preservación, y por si no ha llegado a manos de V. E. se lo dirijo... Temo mucho al cuerpo de abogados de la nueva ciencia, y aún no faltan jueces que dicen que no son males los de Francia»

El escrito en cuestión, titulado *Causas y agentes de las revoluciones en Francia*, ocupa tres páginas. Basándose en una serie de indicios, Défourneaux llegó a la conclusión de que el texto, traducido del francés, era un plagio de la obra de Lefranc *Le voile levé pour les curieux ou les secrets de la révolution révélés à l'aide de la Franc-Maçonnerie*, publicada en 1791. Utilizando argumentos internos, precisaba, además, que el original debía haber sido redactado entre julio de 1791 (fecha de la tentativa de huida del Rey) y septiembre del mismo año (fecha de la separación de la Asamblea Constituyente). Diversos hallazgos en el propio texto le llevaban, finalmente, a considerarlo un sucedáneo de la obra de Lefranc: en primer lugar, la existencia de una reflexión atribuida a Diderot referente al último de los reyes estrangulado con las tripas del último cura, expresión que se encuentra, efectivamente, en *Le Voile levé...*; en segundo lugar, la acusación contra los calvinistas; y, por último, el paralelismo descubierto entre la organización administrativa de la masonería y la división del país en departamentos decidida por la Asamblea Nacional.

Todo ello es cierto. Pero Défourneaux ignoraba la existencia del original francés. Habría podido conocerla, no obstante, si hubiese leído una nota de un libro que cita en su trabajo, *L'Ami du Roi, des français, de l'ordre et surtout de la vérité; ou Histoire de la Révolution de France et de l'Assemblée Nationale*, publicado, en cuatro volúmenes, en 1791-1792, porque su autor, Galart de Montjoie, remite precisamente a ese texto. No habiendo reparado en ello, Défourneaux se centra en Lefranc, sin apreciar que hay solución de continuidad entre ambos textos. Lo cierto es que existe un folleto titulado *Causes et agents de la Révolution française*, publicado sin fecha ni lugar de edición y del que se conservan algunos ejemplares en la Bibliothèque Nationale de Paris.

El investigador inglés J. M. Roberts⁴ ha revelado estos datos en su artículo «The Origins of a Mythology: Freemasons, Protestants and the French Revolution», publicado en el *Bulletin of the Institute of Historical Research* (XLIV, 1971, pp. 78-97). Según Roberts, ninguno de los tres argumentos expuestos por Défourneaux para relacionar nuestro texto con el libro de Lefranc resulta convincente: la frase sobre las tripas, si se me permite la expresión, viene de Mercier y cualquiera podía leerla. El folleto habla sobre todo de los protestantes, aunque se refiera también a los masones, mientras que Lefranc alude fundamentalmente a los masones, aunque hable de los socinianos (de hecho, sólo en su segunda obra, *Con-*

4. De ROBERTS, se puede leer también *Mythologie des sociétés secrètes*, trad., Paris, 1979.

juration contre la religion catholique et les souverains; dont le projet, conçu en France, doit s'exécuter dans l'univers entier, publicada en 1792, se ocupará Lefranc particularmente de los protestantes). Y por lo que se refiere a la división del Reino, habría que saber en qué momento se publicó exactamente *Le Voile levé...* para decidir si el autor del folleto copia a Lefranc.

Desgraciadamente, en el estado actual de la investigación no se puede determinar con precisión este dato. La Bibliothèque Nationale de París posee ejemplares de dos versiones de *Le Voile levé...*, una fechada en 1791 y la otra sin datar; en el British Museum de Londres existen de tres, todas ellas de 1791; sin embargo, a pesar de la coincidencia en la fecha, sólo dos son semejantes a la de París del mismo año... Antes, pues, de decidir si el autor del folleto ha tomado prestado material de la obra de Lefranc y el autor anónimo de *Causes et agens* han podido servirse de las mismas fuentes.

Pero aún hay más: aunque los dos textos hablan de los conspiradores, Lefranc sólo da un nombre, el del «terrible hermano Voidel», mientras que el panfleto ofrece —en una de sus versiones— seis listas con un total de 679 nombres. Ahora bien, parece lógico pensar que si Lefranc hubiese conocido esas listas, las habría utilizado en la parte de su escrito en que se ocupa de la Asamblea Nacional. Por otra parte, también parece sorprendente que el autor de *Causes et agens* no haya tomado de Lefranc todo lo que éste contaba acerca de los Templarios y de la venganza de Jacques de Molay. Se aprecia, así, que la filiación que Défourneaux establecía entre ambos textos no es, ni muchísimo menos, evidente. Roberts parece tener razón cuando afirma que se trata de escritos diferentes, sin ninguna relación inmediata.

Por lo demás, el propio Roberts desconoce que el folleto *Causes et agens*, del que se conservan dos ejemplares en la Bibliothèque Nationale de París, ha circulado también con otros títulos. Un escrito titulado *Secrets, causes et agens des Révolutions de France* (Chez Brill, impresor-librero, Place de la Parade, n.º 400) contiene el mismo texto que el folleto en cuestión y las listas de nombres son parecidas. Dicho folleto circuló también con el título *Les Jacobins dévoilés. Suivi d'une Liste fidèle des Membres de la Propagande*, par M. B., député du clergé aux Etats-Généraux, 16 p., s.l.n.d. El texto comienza con estas palabras: «Les Jacobins dévoilés. Causes & agens de la Révolution de France». El contenido es prácticamente idéntico a los anteriores, salvo algunos detalles, aunque se ha omitido en este caso la «Lista de los miembros de la Asamblea llamada Nacional de Francia que han adoptado el sistema de la Propaganda». Además, el nombre de distintos miembros de varios comités aparece acompañado de comentarios rencorosos. Así, en el caso de Voidel se dice: «La memoria de este hombre abominable será aborrecida por la posteridad. Colegas, ¡desconfiad de él! (...) Infame Voidel» [p. 11]. Final-

mente, existe también una versión italiana del folleto, *Gli agenti della Rivoluzione Francese*, que no he podido analizar, pero que cita Francesco Gusta en su *Memorie della Rivoluzione Francese tanto politica che ecclesiastica, e della gran parte che vi hanno avuto i Giansenisti aggiuntevi alcune notizie interessanti su numero e qualità dei preti costituzionali* (Assisi, 1793).

El folleto *Causes et agens* denuncia la existencia de una liga de conjurados compuesta al principio exclusivamente por protestantes, a los que se irán añadiendo con el transcurso de los años jansenistas, deístas y ateos. «A causa de sus continuos progresos», observa, sin embargo, el autor, «esta liga se ha estabilizado y se ha constituido como un cuerpo regular. Está dividida en grandes secciones, llamadas LOGIAS & subdividida en una infinidad de pequeñas secciones, con objeto de asegurarse una correspondencia universal en toda Europa, pues tiene socios en la mayoría de las ciudades. El emperador José II ha reconocido finalmente la existencia de esta secta, de la que proscribió las logias en sus Estados poco antes de morir». El texto citado indica con toda claridad que la liga presenta una estructura masónica. Por otra parte, el autor habla también de «pruebas larguísimas» y de un juramento y presenta como gran maestre de la liga, junto a Necker y Lafayette, al duque de Orléans, que era realmente gran Maestre del Gran Oriente de Francia.

El *Catalogue de l'Histoire de France*, redactado por Walter y Martín, data el folleto de 1791; pero Hervás y Panduro, que traduce varios párrafos en su *Causas de la Revolución de Francia* (II, 303), lo fecha en 1790. Quizás se trate de una errata, pero la fecha no es inverosímil, puesto que el folleto parece pertenecer a una familia de escritos, todos datados, en los que se acusa a los masones de haber organizado un complot para desestabilizar el trono y el altar. Es el caso, por ejemplo, del folleto titulado *La Loge dévoilée à toutes les têtes couronnées*, s. l., 1790, en el que se desarrolla la idea cara a Barruel de las «logias dentro de las logias» [arrières-Loges], como si la masonería hubiese sido infiltrada por conspiradores bien situados en la propia jerarquía masónica. El folleto explica que esta secta infernal había establecido en París su cuartel general, su club de propaganda y sus comités de correspondencia. En agosto de 1790, otro folleto, atribuido al abate Henri Jabineau, *La vraie conspiration dévoilée*, se ocupa también de la organización de los conjurados en un club y en una sociedad de propaganda, aunque no habla explícitamente de los masones.

La lectura de estos folletos permite apreciar cómo se pasa sucesivamente durante el verano de 1790 de la denuncia genérica de la masonería a la acusación contra el jacobinismo, presentado como la emanación natural de las Logias. La masonería como tal ya había sido objeto de numerosos ataques y la tesis según la cual la Orden constituía una amenaza política había sido expuesta desde 1747 por el abate Gabriel Pérau en su

obra *Les Franc-Maçons écrasés*. Sabemos, por otra parte, que las bulas promulgadas por Clemente XII y Benedicto XIV contra la masonería obedecían a motivaciones políticas. Lo que constituye ahora una novedad que caracterizará toda la literatura del complot es la distinción entre dos masonerías, una «azul», simbólica e inocente, y la otra «roja», en la que se reunirían masones avezados, para urdir, en absoluto secreto, los más criminales complots. Es esta masonería la que se encuentra en el punto de mira de los escritos citados y la que denunciarán Lefranc, Barruel y Hervás.

Hay que señalar que los propios masones habían proporcionado a sus adversarios armas para que les atacaran. Es bien conocido que en 1776 se había desarrollado en Alemania, a instancias de Adam Weishaupt, una masonería de corte político, cuyo objetivo declarado era subvertir el orden político-religioso. Weishaupt y sus adeptos lograron infiltrarse en varias logias de Baviera, pero fueron rápidamente denunciados y su *Orden den Illuminaten* quedó desmantelada. Al mismo tiempo había tomado forma una masonería capitular y, junto al rito francés que practicaban la mayoría de las logias, habían proliferado ritos nuevos relacionados con las corrientes herméticas. La Estricta Observancia del barón de Hund colocaba a la cabeza de la Orden «superiores desconocidos», mientras que dom Pernety se entregaba en Aviñón al estudio de las realidades suprasensibles. Finalmente, Cagliostro había desarrollado un rito egipcio con cien grados, en el que él mismo era el Gran Copto.

En 1789, un masón, el marqués de Luchet, había creído oportuno volver a denunciar la secta de Weishaupt, ya desaparecida, en su *Essai sur la secte des illuminés*, reprochándole sus pretensiones revolucionarias y acusándola, por un error de apreciación, al confundirla con los iluminados franceses, de irracionalismo. El libro, traducido al alemán, fue reeditado en 1790 y 1792. Al denunciar la actividad subversiva de las «arrières-Loges», el marqués de Luchet proporcionaba argumentos a cuantos se mostraban preocupados por el curso que tomaba la Revolución en esos momentos. Por otra parte, hay que señalar también que la actividad de los iluminados de Baviera había sido expuesta desde 1788 en la obra de Mirabeau (redactada, en lo esencial, por el hermano Mauvillon) *De la monarchie prussienne sous Frédéric le Grand*, de la que el órgano del Círculo Social animado por Fauchet y Bonneville, *La Bouche de Fer*, dará, por lo demás, una serie de extractos en su número del 8 de abril de 1791 (pp. 61-74). Si se recuerda, además, que en 1791 se publica en París, traducido del italiano, el *Testament de mort et déclarations faites par Cagliostro, de la Secte des Illuminés, et se disant Chef de la Loge Egyptienne; condamné à Rome, le 7 avril 1791, à une prison perpétuelle comme perturbateur du repos public*, en el que se podía leer que el objetivo de los masones consistía en desencadenar la revolución en todas partes, se comprenderán mejor las razones que podían tener los redactores de folletos para denunciar el complot masónico.

Y ello con tanta mayor razón cuando que el decreto de Constitución Civil del Clero había sido promulgado el 12 de julio de 1790 y que, comprometido con la contrarrevolución religiosa, el papado no retrocedía ante ningún medio para desacreditar a la Revolución. El *Testament* apócrifo —u obtenido con ayuda de la tortura— de Cagliostro constituye un buen ejemplo de esta actitud. El folleto *Lo spirito del secolo XVIII scoperto agli incauti per preservativo o rimedio alla seduzione corrente* (Filadelfia, 1790), atribuido al jesuíta Feller por el padre Luengo en su *Journal Manuscrit*, en el que se acusa a masones, jansenistas y filósofos de complot contra la religión y el Estado, está inspirado en los mismos principios, como la obra de Antoine Estève Baissie *L'esprit de la maçonnerie dévoilé, relativement au danger qu'elle renferme* (1790), o el folleto del conde de Antraigues, publicado bajo el seudónimo Audaniel, *Dénonciation aux français catholiques, des moyens employés par l'Assemblée Nationale, pour détruire en France, la religion catholique* (1791), traducido inmediatamente al español y al italiano. Roma y la Iglesia no juramentada actúan de común acuerdo. En este sentido, no es ocioso constatar que el supuesto *Testament* de Cagliostro, fechado en 1791, y el opúsculo ya citado *La Loge dévoilée à toutes les têtes couronnées*, publicado en 1790, comienzan con las mismas frases:

La Loge dévoilée: Existe una nueva secta de prosélitos «que se conocen sin haberse visto jamás; que se entienden sin haberse hablado nunca; que se ayudan sin haberse conocido previamente, y cuyo objetivo consiste en gobernar el mundo, engañando a los soberanos, y en usurpar el poder, enrolando a sus ministros».

Testament de Cagliostro: «Se ha formado una secta cuyos iniciados se conocen sin haberse visto jamás; se entienden sin haberse hablado nunca; se ayudan sin haberse conocido previamente (...). Su misión consiste en desencadenar en todas partes revoluciones; todos trabajan con este objetivo, todos las preparan con medios distintos y por vías diferentes y todos lo consiguen en mayor o menor medida».

Estos folletos y su extraño parentesco constituyen la mejor prueba de que talleres financiados por la Inquisición proporcionaban las copias utilizando cañamazos de geometría variable. Protestantes, jansenistas y filósofos fueron las primeras víctimas de esta literatura inquisitorial: Los primeros, por haber roto la *Romania* y puesto en entredicho el papado; los segundos, porque eran heterodoxos y galicanos; los últimos, en tanto que libre-pensadores y deístas. Roberts ha mostrado perfectamente en su artículo ya citado que el primer objetivo del autor del folleto *Causes et agens* eran los protestantes, pero también hemos visto que los masones, cuyos orígenes religiosos en medios de la Reforma eran notorios, aparecían asociados a ese proceso. En 1790, todavía no se ha entrado en el episodio terrorista, pero la realeza y la Iglesia se encuentran amenazadas. Dom Gerle había propuesto en abril de 1790 que la religión católica fuese de-

clarada religión de Estado: la moción fue rechazada. Sabemos también que habían estallado en Nimes algaradas sangrientas y que el alto clero había hecho pública una *Déclaration d'une partie de l'Assemblée Nationale sur le Décret rendu le 13 avril 1790, concernant la religion*, en la que se afirmaba que la religión se encontraba amenazada. Al proclamar la libertad de cultos, la Asamblea llenaba el vacío que presentaba en ese terreno la *Déclaration des Droits*. Y la tolerancia de que se enorgullecían los masones se concretaba así en los hechos.

Para completar este cuadro, hay que añadir la declaración que la Logia-Madre escocesa del Contrato Social divulgó entre los Talleres que se encontraban bajo su responsabilidad. Puesto que el texto es poco conocido, me remito someterlo a la consideración del lector⁵:

5. Este texto ha sido publicado por A. Lantoine, «*La Franc-maçonnerie Ecossaise et la Politique générale au temps de la Révolution française*», *Points de vue initiatiques* 10 (1968), pp. 10-11. RF. Amadou [«Liberté, Egalité, Fraternité. La devise républicaine et la Francmaçonnerie», *Renaissance Traditionnelle*, 17-18 (1974), p. 23, note 1] señala que el propio Lantoine lo había hecho aparecer previamente, anónimo, en el *Bulletin des Ateliers Supérieurs (Rite Ecossais)*, 1934, pp. 6 y sig. El comienzo de la carta es como sigue: «en el Oriente de París, el vigésimo día del noveno mes de la Luz Verdadera 5.790. A la gloria del Gran Arquitecto del Universo. La Logia de Saint-Jean d'Ecosse du Contrat Social, la logia-madre del rito escocés en Francia, a todas las Logias regulares y a todos los masones dignos de este nombre, Unión, Fuerza, Salud». Reproducimos a continuación el texto original:

«La France vient d'éprouver une révolution dont les annales du monde entier ne présentent aucun exemple. Mais au milieu de ces grands événements qui vont la régénérer, notre société est vivement attaquée par des hommes qui, sans la connaître, ont osé la calomnier et est presque profanée par d'autres qui, prétendant la connaître, abusent de quelques-uns de ses principes pour nous détourner de notre véritable but...

Il n'est pas douteux que nous n'ayons eu beaucoup d'influence sur les grands événements qui immortalisent les dernières années du XVIII^e siècle. Mais quelle a été cette influence? C'est ce que nous proposons d'examiner; et cet examen doit produire le double effet de détruire les nouvelles impressions dont on cherche à nous nourrir et de garantir nos frères des illusions enfantées par des imaginations trop exaltées.

Bien de siècles avant que Rousseau, Mably, Raynal, eussent écrit sur les droits des hommes et aient jeté dans l'Europe la masse des lumières qui caractérise leurs ouvrages, nous pratiquions dans nos loges tous les principes d'une véritable sociabilité. L'égalité, la liberté, la fraternité étoient pour nous des devoirs d'autant plus faciles à remplir, que nous écartions soigneusement loin de nous les erreurs et les préjugés qui, depuis si longtemps, ont fait le malheur des nations. Rappelez-vous les éléments de notre doctrine et les premières instructions données à nos néophytes et vous conviendrez qu'il semble que ce soit dans notre sein que l'Assemblée nationale de France a puisé la célèbre déclaration des droits de l'homme.

Une révolution qui seroit uniquement fondée sur la violence ne pourroit être durable; la force renverse toujours ce que la force a élevé. Il n'en est pas de même d'une révolution amenée par les lumières, et le propre des véritables lumières, parvenues à un certain degré, est de se propager et de s'étendre. Voilà comment nous avons réellement influé sur la révolution actuelle, c'est en éclairant dans nos mystérieux ateliers une foule de citoyens qui ont reporté dans la société ordinaire nos principes et, nous pouvons dire, nos vertus.

Mais il ne faut pas s'y tromper, nos principes n'ont jamais pu tendre à renverser, par des secousses violentes et des moyens sanguinaires, les loix civiles et politiques qui régissent les nations; une de nos maximes, la plus inviolablement observée parmi nous, est de bannir de nos ateliers, tout ce qui a rapport à ce qu'on appelle vulgairement «affaires d'Etat». Les formes de gouvernement ne peuvent être ni l'objet de nos travaux, ni des obstacles à leur succès...

Qu'un maçon puisse vivre dans une république, sous une monarchie absolue, tempérée ou mixte, partout il est citoyen, partout il est soumis aux loix, partout il respecte ceux qui en sont les depositaires et les organes.

«Francia acaba de conocer una revolución de la que no presentan ejemplo alguno los anales del mundo entero. Pero en medio de esos grandes acontecimientos que van a regenerarla, nuestra sociedad se encuentra fuertemente atacada por hombres que, sin conocerla, se han atrevido a calumniarla, y ha sido casi profanada por otros que, pretendiendo conocerla, abusan de algunos de sus principios para desviarnos de nuestro verdadero objetivo...

No cabe duda alguna de que hemos ejercido mucha influencia en los grandes acontecimientos que immortalizan los últimos años del siglo XVIII. Pero, ¿en qué ha consistido esa influencia? Eso es lo que nos proponemos examinar. Y este examen debe producir el doble efecto de destruir las nuevas impresiones con que se nos quiere alimentar y preservar a nuestros hermanos de las ilusiones nacidas de imaginaciones demasiado exaltadas.

Muchos siglos antes de que Rousseau, Mably o Raynal hubiesen escrito sobre los derechos de los hombres y hubiesen arrojado sobre Europa el caudal de luz que representan sus obras, ya practicábamos nosotros en nuestras logias todos los principios de una verdadera sociabilidad. La libertad, la igualdad, la fraternidad eran para nosotros deberes tanto más fáciles de cumplir cuanto que nos preocupábamos cuidadosamente de mantenernos alejados de los errores y prejuicios que han provocado desde hace muchísimo tiempo la desgracia de las naciones. Acordaos de los elementos de nuestra doctrina y de las primeras instrucciones que damos a nuestros neófitos y estaréis de acuerdo conmigo en que no parecería sino que la Asamblea

Qu'on ne pense cependant pas que cette soumission aux loix reçues dans les nations, que cette inviolabilité que nous reconnaissons dans leurs chefs, soit apathie pour le bonheur des hommes. Ce seroit une aussi grande erreur que de croire que nous fomentons dans nos paisibles retraites ces mouvements tumultueux, ces effervescences subites qui, portant le délire dans toutes les âmes, ensanglantent la terre, sous prétexte d'y rétablir la liberté et l'égalité. Nous sommes des amis du genre humain, mais notre amour pour lui ne dégénère jamais en fanatisme. Nous voulons son bonheur, mais nous sommes convaincus qu'il ne doit être que l'ouvrage des lumières et des vertus et que les fureurs de l'anarchie lui sont plus nuisibles que les cruautés du despotisme.

Enfants de la nature que la perversité des passions et des préjugés de l'ignorance ont si fort dégradés, nous voulons régénérer la terre, mais ce n'est pas dans un déluge de sang; nous voulons que tous les hommes soient libres, mais nous ne croyons pas que ce soit avec le fer qu'il faille limer leurs chaînes; nous voulons que tous les hommes se regardent et se chérissent comme frères, mais c'est par une sainte tolérance des opinions, une inépuisable bienfaisance, une paix inaltérable que nous voulons leur rappeler leur égale origine.

Des hommes dirigés par des pareilles maximes [...] ont eu nécessairement l'influence de la sagesse et de la vertu sur cette nouvelle législation qui a posé les bases d'une constitution monarchique qui, en faisant régner par les loix le Chef héréditaire de l'Empire, l'a rendu, la sentinelle la plus vigilante de la liberté publique et lui a remis un sceptre d'autant plus puissant qu'il lui est confié par tous pour le bonheur de tous, un sceptre d'autant plus digne de nos respects et de nos hommages qu'il n'est plus l'emblème effrayant de la tyrannie, mais le signe précieux de cette royauté que la sage raison inspire à toutes les grandes nations qui veulent assurer le bonheur par l'exécution des loix qu'elles se sont données.

Nous devons donc chérir la nouvelle constitution française; nous devons l'appuyer de tout l'ascendant de nos vertus, de toute l'expansion de nos lumières, nous devons être les premiers, comme citoyens plus vertueux, et comme citoyens plus éclairés, à donner l'exemple de l'obéissance aux décrets acceptés ou sanctionnés; nous devons redoubler d'efforts, pour convaincre de plus en plus tous ceux au milieu desquels nous vivons qu'il n'est point de bonheur sans la paix, qu'il n'est point de paix sans soumission aux loix».

Nacional francesa haya recogido en nuestro seno la célebre declaración de los derechos del hombre.

Una revolución que se fundase exclusivamente en la violencia no podría durar; la fuerza acaba siempre con lo que la fuerza ha encumbrado. No sucede lo mismo con una revolución traída por las luces y lo propio de las verdaderas luces consiste en propagarse y extenderse cuando alcanzan determinado nivel. Así es como hemos influido realmente en la revolución actual, ilustrando en nuestros misteriosos talleres a una masa de ciudadanos que han llevado a la sociedad ordinaria nuestros principios y, por qué no decirlo, nuestras virtudes.

Pero no hay que engañarse: nuestros principios no han pretendido jamás derrocar, mediante violentas sacudidas y procedimientos sanguinarios, las leyes civiles y políticas por las que se rigen las naciones; una de nuestras máximas respetada inviolablemente ante nosotros, proscribía de nuestros talleres todo lo referente a lo que vulgarmente se llama «cuestiones de Estado». Las formas de gobierno no pueden constituir ni el objeto de nuestros trabajos, ni un obstáculo para su éxito...

Ya sea que el masón viva en una república, ya bajo una monarquía absoluta, moderada o mixta, en todas partes es ciudadano, en todas partes se somete a las leyes, en todas partes respeta a las personas que se encargan de hacerlas cumplir.

Que no se crea, sin embargo, que esta sumisión a las leyes propias de cada nación, que esa inviolabilidad que reconocemos a sus jefes, no es otra cosa que apatía en lo que concierne a la felicidad de los hombres. Sería un error tan grande como creer que fomentamos en nuestros apacibles refugios esos movimientos tumultuosos, esas súbitas efervescencias que, al provocar el delirio en las almas, ensangrientan la tierra con el pretexto de restablecer la libertad y la igualdad. Nosotros somos amigos del género humano, pero nuestro amor por el hombre no degenera nunca en fanatismo. Queremos su felicidad, pero estamos convencidos de que debe ser obra de las luces y de las virtudes y de que los furros de la anarquía le son más funestos que las crueldades del despotismo.

Hijos de la naturaleza fuertemente degradados por la perversidad de las pasiones y los prejuicios de la ignorancia, queremos regenerar la tierra, pero en ningún caso bajo un diluvio de sangre; queremos que todos los hombres sean libres, pero no creemos que haya que romper sus cadenas con la espada; queremos que los hombres se consideren y se quieran como hermanos, pero deseamos recordarles su origen común mediante una santa tolerancia de las opiniones, una beneficencia inagotable, una paz inalterable.

Hombres dirigidos por tales máximas (...) han debido ejercer necesariamente la influencia propia de la sabiduría y la virtud sobre esa nueva legislación que ha puesto los fundamentos de una constitución monárquica que hace reinar al jefe hereditario del Imperio mediante leyes, convirtiéndolo así en centinela vigilante de la libertad pública y del Imperio mediante leyes, convirtiéndolo así en centinela

vigilante de la libertad pública y entregándole un cetro tanto más poderoso cuanto que le ha sido confiado por todos para la felicidad de todos, un cetro tanto más digno de nuestro respeto y de nuestro homenaje cuanto que ya no es el emblema espantoso de la tiranía, sino el signo precioso de esa realeza que la sabia razón inspira a todas las grandes naciones que desean garantizar la felicidad mediante el cumplimiento de las leyes que se han dado a sí mismas.

Debemos, pues, venerar la nueva constitución francesa; debemos apoyarla con el prestigio de nuestras virtudes, con la expansión de nuestras luces; siendo los ciudadanos más virtuosos y más instruidos, debemos ser los primeros en dar ejemplo de obediencia a los decretos aceptados o aprobados legalmente; debemos multiplicar nuestros esfuerzos para convencer progresivamente a aquellos entre quienes vivimos de que no hay felicidad sin paz y de que no hay paz sin sumisión a las leyes».

Al insistir en la fidelidad de la masonería al nuevo régimen nacido de la Revolución, este texto no podía sino acreditar la idea de la participación activa de los masones en las transformaciones revolucionarias; es cierto que, lo mismo que en las declaraciones que hace públicas en esos momentos el Gran Oriente, lo que se defiende es la monarquía constitucional, pero la exposición de principios que establecen plena libertad de conciencia para los Hermanos no hace sino exacerbar la intransigencia de Roma.

La obra de Lefranc titulada *Le Voile levé pour les curieux ou le secret de la Révolution de France révélé à l'aide de la Franc-Maçonnerie*, publicada en 1791, puede ser considerada como la primera suma antimasonónica del período revolucionario y prolongación natural de todos los folletos que hemos mencionado. Pero si quisiéramos describir la posteridad del folleto *Causes et agens*, tendríamos que citar la *Histoire de la conjuration de Louis-Philippe-Joseph d'Orléans, surnommé Egalité*, publicada por Galart de Montjoie en 1796. Junto al tema de la conjura orleanista, que constituye su obsesión, Galart recoge en esta historia el contenido de dicho folleto, añadiéndole incluso que al término de su iniciación se le descubría al nuevo masón que era «enemigo del culto y de los reyes» [I, p. 57 de la edición de 1800]. En la misma estela se encuentra *Les véritables auteurs de la Révolution*, una gruesa compilación de 600 páginas publicada por F. N. Sourdat en 1797: en este texto, calvinistas y masones son presentados como promotores de motines pagados por el extranjero [p. 456].

Junto a la obra de John Robison, *Prof of a Conspiracy against all the Religions and Government of Europe, carried on in the Secret Meetings of Free-Masons, Illuminati and reading Societies*, reeditada cuatro veces desde 1797 y traducida al francés en 1799, y a las célebres *Mémoires de Barruel*, hay que reservar un lugar en la historiografía del complot masónico a los dos gruesos volúmenes que al jesuita español Hervás y Panduro publicó en 1803 con el título *Causas de la Revolución de Francia*

en el año 1789, y medios de que se han valido para efectuarla los enemigos de la religión y del estado. Obra escrita en Italia por el abate don Lorenzo Hervás y Panduro, bibliotecario de N. S. P. Pío VII, en carta que dirigió desde Roma a un respectable miembro del Consejo de Castilla, amigo suyo. La obra fue escrita hacia 1795 y circuló probablemente en manuscrito. Curiosamente, el libro de Panduro ha sido ignorado tanto por los historiadores de la masonería como por los historiógrafos del complot (Roberts, Johannes Rogalla von Bieberstein, que se limita a citarlo en una nota⁶, o Daniel Ligou). Sin embargo, aunque carente de la fuerza y de la simplicidad del libro de Barruel, la obra de Panduro, cuya importancia fue señalada por Javier Herrero en *Los orígenes del pensamiento reaccionario español* (1971), proporcionaba armas a la reacción española a través, fundamentalmente, de los numerosos documentos que llevan las páginas del segundo volumen. Javier Herrero ha podido así afirmar, sin exagerar en absoluto, que Hervás y Barruel han retrasado considerablemente la creación de una democracia en España gracias a la divulgación del mito del complot masónico, colocándose ambos de ese modo en el origen «de esa irrefrenable violencia que ha ensangrentado la vida política de la España moderna» [p. 180].

La tesis de Hervás es que el objetivo de la Revolución consiste en la liquidación del Cristianismo y, por consiguiente, de toda autoridad política. En su opinión, la Revolución constituye el término natural del movimiento filosófico del siglo XVIII, culpable de haber exasperado las pasiones bestiales del hombre al atribuirle una libertad para la que no está hecho. Todos los valores exaltados por las Luces emanan de ese postulado. Nadie debe, pues, sorprenderse de que París se haya convertido en esos momentos en una nueva Babilonia, en la que la libertad de costumbres (es decir, su corrupción) es el corolario de la libertad de pensamiento (es decir, la libertad de discutir las verdades establecidas). Estos falsos principios han atravesado todas las fronteras sin excepción, aunque España haya sido el último país en acoger tales novedades.

Pero, ¿cómo ha sido posible la Revolución? Hervás piensa que se trata de un aviso de la Providencia divina. Pero no se debe olvidar que la revolución no habría tenido lugar si las sectas no hubiesen intrigado secretamente para provocarla. Hervás adopta el discurso de los enemigos de las Luces y basándose en el folleto del conde d'Antraigues ya citado distingue, en el seno de la Asamblea Nacional, entre católicos, «personas totalmente llenas de confianza, ajenas a todo proyecto intrigante», y anticatólicos, divididos a su vez en tres sectas: la secta filosófica o atea, la secta calvinista y la secta jansenista [I, 109]. La libertad, tan elogiada, le parece un puro producto del calvinismo: «Esta secta es tanto más terrible porque a sus principios religiosos une como necesaria consecuencia de

6. *Die These von der Verschwörung, 1776-1945*, Berne-Francfort, 1976, p. 40.

ellos el odio contra las soberanías, el demasiado amor de la libertad y la voluntad siempre pronta para destruir los reyes y para establecer su imperio sobre estas dos bases: libertad en el culto sin jerarquía; libertad en el orden civil sin trono y sin rey». No es sorprendente, por lo demás, que los calvinistas desarrollen este monstruoso ideario, puesto que su representante es Barnave: «Barnave es la ferocidad en todo su horror, es el alma toda entera de Nerón: él, no conociendo otra felicidad que la del poder ser cruel con impunidad, es el coraje unido con la maldad que ejercita todo su poder para declararse y ser un monstruo» [I, 111-112].

La secta jansenista es también producto del calvinismo: «Ellos, no menos que los calvinistas, aborrecen la autoridad de la cabeza del catolicismo, odian la jerarquía eclesiástica y la potestad de los obispos» [I, 113]. Pero, más perversos que los propios calvinistas, los jansenistas no reconocen su heterodoxia: «Más astuta que las herejías anteriores, marcha por caminos más ocultos: ella, aunque ha sido anatematizada por la Iglesia y arrojada del seno de ésta, ha insistido en llamarse católica todavía para engañar más fácilmente a los fieles» [I, 120]. Es, sin embargo, notorio que los solitarios de Port-Royal se reunieron para dar al público una enciclopedia sacrílega, que después han continuado los filósofos para divulgar el deísmo y el ateísmo. Dichos filósofos no hicieron sino desarrollar en el terreno político lo que los jansenistas habían empezado en el ámbito eclesiástico: mientras que éstos soliviantaban al cura contra el obispo y al obispo contra el Papa, aquellos condenaban toda forma de jerarquía, y así no dudaban en halagar al Príncipe y, sobre todo, al pueblo, en nombre de la igualdad, para conseguir su objetivo, consistente en la subversión del orden natural de las sociedades.

Con todo, el papel más importante en esta campaña de desestabilización del Antiguo Régimen corresponde a la masonería. Hervás introduce la cuestión mediante el siguiente inciso: «Y a estas causas yo añado el francmasonismo, que en el vulgo de los nobles y de los plebeyos ha dispuesto y preparado el espíritu de innumerables personas para que adopten las máximas de la impiedad» [I, 6-7]. En su opinión, el papel de la masonería ha consistido en preparar al pueblo, en crear las condiciones para que pueda recibir y asimilar las ideas desarrolladas por otras sectas, en organizar la difusión de estas ideas —como se ve, Hervás ha aprendido la lección de los folletos que hemos analizado anteriormente. Perfectamente estructurada, presente en todos los países, con «millares y millones» de miembros, el objetivo de la masonería, según Hervás, no es otro que «la destrucción del catolicismo y de las monarquías» [I, 413]. Libertarios, igualitaristas, los masones enseñan que «Dios ha criado al hombre con perfecta libertad, en la que todos son iguales. Esta libertad natural no puede restringirse a los hombres sin una injusticia intolerable». Imbuidos de estos falsos principios, los masones quieren liberar a todos los hombres y disponen para ello de medios considerables: para empezar, porque estos principios demagógicos seducen al pueblo y, después, porque en el seno

de las logias el hombre de baja condición social puede creer que es igual que el príncipe de sangre. Pero, insiste Hervás, ello es pura ilusión, porque también la masonería está organizada jerárquicamente: hay «maestros, albañiles y mozos (aprendices)» [I, 415], y también otros grados, que Hervás expone con detalle sirviéndose de las divulgaciones que se encontraban al alcance de todo el mundo, «Pequeño Arquitecto, Gran Arquitecto, Caballero de la Espada, Caballero de la Rosa-Cruz, Caballero Prusiano» [I, 416], así como una serie de oficios para el servicio de la logia, Venerable, Vigilante, Hermano terrible, Maestro de ceremonias, Tesorero, Limosnero, Secretario, etc. En opinión de Hervás —que no hace sino repetir algo que se había escrito antes en numerosas «revelaciones» impresas, lo que caracteriza a la sociedad masónica es el terrible juramento que une mutuamente a los Hermanos: al entrar en la Orden, en efecto, los aprendices se comprometen a ser «despedazados, echadas al aire sus entrañas y arrancado su corazón si [los profanos] llegaban a descubrir el secreto de la secta» [I, 419]. Finalmente, Hervás dedica algunas páginas a los Iluminados de Baviera, de quienes asegura que, en nombre de sus falsos principios, justificaban todas las injusticias, todas las amenazas y todos los crímenes. El discurso de Hervás es escasamente original. En esta misma línea, considera que el único remedio contra las Luces consiste en reformar drásticamente la educación para expulsar sin misericordia a todos los maestros de la libertad: «La severidad de penas pecuniarias y corporales contra los secuaces, contra los que vendan o tengan los libros de su doctrina, y el premio en favor de los delatores de secuaces, y de los libros de mala doctrina, serán medios que conspirarán mucho para exterminar las dichas sectas» [I, 114-115]. Hervás desea que el gobierno «establezca o forme un tribunal supremo con las personas las más dignas del Estado, a los que encargue la inspección sobre la educación de la niñez y juventud, la conservación de la honestidad pública de costumbres y el exterminio de las sectas filosóficas, francmasona y jansenística, y de cualquier otra que contra la pureza del catolicismo y el buen gobierno se pueda inventar» [*Ibidem*].

Al progreso de las Luces, Hervás responde con la Inquisición. La teoría del complot había servido para algo...